

aceptó, de hecho, todo el complejo europeo y asiático de que España era depositaria en el siglo XVI. Tres siglos de vida colonial marcaron una impronta indeleble, y a ciento veintitantos años de distancia de nuestra emancipación política, pero siempre en contacto ininterrumpido con la cultura hispánica, nuestras manifestaciones folklóricas se hallan fuertemente saturadas de ella, al grado de que aun en grupos refractarios de tremenda raigambre indígena, se echa de ver la infiltración peninsular.

Puede decirse con justicia que los esfuerzos de los civilizadores no fueron inútiles ni cayeron en tierra estéril; por el contrario, las huellas hispánicas pueden seguirse paso a paso, y aun los negadores sistemáticos van reconociendo la labor de España en América. Por mi parte, en estas pocas páginas que ofrezco a la curiosidad de quienes sientan amor por México y sus actuales manifestaciones, solamente mostraré un leve trasunto a través de la música folklórica que, por serlo, entregará uno de los aspectos más seductores o sea el que florece en las canciones.

No es mi propósito en este trabajo poner de manifiesto todas las facetas de nuestra cultura mestiza, ni siquiera una visión más o menos detallada; tendré que concretarme a un forzado y breve resumen, ya que un estudio completo entregaría un volumen de muchas páginas.

Tiene razón uno de nuestros musicólogos quien se expresó diciendo que solamente a base de monografías específicas se podría abordar seriamente el estudio de la música de México. Es verdad, se hace necesario emprender uno por cada tema, o bien una por cada género musical.

Desarrollo histórico de la música tradicional de México.

No hablemos de las raíces o de los orígenes remotos del arte lírico de nuestro pueblo, porque sería adentrarnos en la antigüedad del Asia o de la Europa. Hablemos de los antecedentes inmediatos en ambas direcciones, y comenzaremos a vislumbrar las fuentes de donde parte el río de nuestra cultura musical, que abarca cinco siglos.

No hablemos de nuestros otómicos, ulmeccas o mexicas, peregrinando a lo largo del territorio en busca de tierras fértiles o lugares defendidos. No hablemos de nuestros toochichimeccas nómadas en tierras de nopales y biznagas, reuniéndose al atardecer alrededor de un fuego acogedor, sino de los principales grupos étnicos ya establecidos en su hábitat, en ciudades construídas con pirámides, yácatas o templos, con teocracia organizada, adorando a númenes, con sacerdocio de sabiduría esotérica; con ejércitos numerosos; con ceremonias, fiestas y danzas; con clases sociales bien definidas y con una vida exuberante aunque con

la zozobra de las conquistas, conservando aún restos de totemismo, pero evolucionando una literatura y música propias.

Pueblos de gran pujanza, con escuelas de música y maestros de cantar y de tañer; por los restos de sus culturas, que han llegado hasta nosotros, podemos colegir la variedad y riqueza de sus cantos, así como admiramos en los museos la variedad y riqueza de su instrumental, después de tres siglos de dominación hispánica y otro de vida independiente. Con lo que se ha salvado y mediante el estudio o la reconstrucción, aún podemos tener muestras vivas de lo que fueron yaquis, tarahumaras o huicholes; seris, purépechas o mayas. Cantos casi puros que se salvaron en las montañas o en los espesos bosques; danzas en que intervienen venados, coyotes o pascolas; bailes o mitotes para distintos meses del año; cantos al peyote, dios del fuego, o a Chak, dios de la lluvia; hininos al Sol o a las estrellas de la mañana y de la tarde; bailes de los abuelos o de la madre de los dioses; cantos a las aves; invocaciones a los vientos, a la lluvia, o bailes para que se cuezan los tamales.

Todo eso pasó, se borró de la superficie de la tierra, quedó sumido en la subconciencia de los ancianos que añoraban el boato de las cortes de sus tlatoanis y aún soñaban con sus grandes penachos de plumas de quetzal. Asomaron los férreos broqueles de los castellanos, las corazas deslumbrantes; los capacetes, las picas, arcabuces y ballestas; los herrados corceles y los mastines cebados con carne de indio caribe. Aparecieron los rostros barbados, los ojos de cejas espesas y los labios contraídos con feroz tenacidad, y avanzaron arrasando los templos de los ídolos, haciendo alianzas políticas, domoñando a los pueblos e invadiendo todo hasta los confines, plantando cruces y dejando huellas de su paso no tanto por el filo de sus espadas cuanto por la persuasión de sus misioneros, y las culturas nativas quedaron influidas por el idioma, que es vehículo de las ideas.

Los textos nativos empezaron a sufrir interpolaciones de palabras y exclamaciones; las escalas se enriquecieron con sonidos; los bailes, con mudanzas; los cantos, con estribillos; y así como la tierra comenzó a producir nuevos frutos con semillas y estacas traídas de la Península, los campos se poblaron de vacunos, lanares o porcinos; los faisanes y codornices dejaron el lugar a las gallinas y a los gallos de pelea, y los alanos y gozques substituyeron a los techichis. Y en las canciones aparecen las torcaces, los blancos caballos, los carneros de espeso vellón y aun los gatos domésticos.

Los días de las matanzas dejaron su lugar a los de las expediciones y conquistas; los otomíes y tlaxcaltecas ayudando a la pacificación dominaron a los rebeldes chichimecas, y estas fatigas fueron cediendo a la colonización, a la minería, a la cría de ganados o al cultivo de las

tierras, y todo esto se llevó al cabo a la sombra de la cruz, al abrigo de los conventos y casas de doctrina, mediante el cariño y paternal protección de los frailes. Brota entonces en el alma de los indígenas un nuevo vislumbre de arte musical.

El arte severo del Renacimiento que vibraba bajo las naves de las catedrales y basílicas europeas; la brillante polifonía neerlandesa, la diafonía, el discante, el falso bordón, todos los procedimientos desarrollados en la paz de los claustros puestos al servicio de la religión de la cual España llevaba, en el siglo XVI, el estandarte, fué trasladado a América, a nuestro México, a Tlaxcala, Texcoco o Tlaltelolco. Los evangelizadores, franciscanos, dominicos o agustinos y más tarde las demás órdenes que hicieron su aparición en nuestras costas, impartieron a nuestros indígenas toda suerte de conocimientos en el latín, el castellano, el canto y la escritura musical, la construcción de instrumentos y todo cuanto la religión necesitó para su establecimiento. Los coros de las iglesias fueron numerosos, las orquestas también, substituyendo el antiguo instrumental por órganos, rabeles, arpas y bajones. Y dentro de las construcciones recientes o en el atrio de los conventos, jóvenes y ancianos, niños y mujeres fueron instruídos para cantar las cuatro oraciones principales y, sobre todo, el Alabado Viejo al Sacramento. Típicamente franciscano, más tarde fué evolucionado por los Hermanos de la Cuerda, hasta perfeccionarlo fray Antonio Margil de Jesús. Por su parte, los agustinos divulgaron las pasiones y calvarios, los romances piadosos para recorrer los viacrucis recordando las horas de la Pasión, muchos de los cuales fueron trasladados a los idiomas nativos.

La vida religiosa continuó a través del gobierno virreinal, afianzando en el alma de los indígenas las tres virtudes teologales, en medio de alabanzas a María, a Jesucristo, a la Santa Cruz, junto con jaculatorias, invocaciones y misterios para el Rosario. Quedaron establecidas desde entonces las romerías piadosas a los santuarios, y el pueblo del campo acostumbrió desde aquellos días cantar mañanitas, saluciones y tiernas despedidas a las imágenes; no hubo fiesta religiosa en que no se representase ante los altares alguna loa o cantos en que interviniesen los indígenas con girones de su propia vida, poniendo las bases de un teatro popular.

Fueron igualmente los evangelizadores franciscanos quienes difundieron por los cuatro rincones de Anáhuac la devoción a la Natividad de Jesucristo, con multitud de villancicos y cantares trasladados de las montañas de León o Santander o de las vegas del Tajo y del Guadiana a nuestras serranías de Guerrero y Veracruz o a las riberas del Balsas y del Lerma. Y fueron los agustinos los que implantaron y dieron animación a las misas de aguinaldo, utilizando toda suerte de cantos que circulaban en labios del pueblo.

De la misma manera el teatro piadoso de edificación del ciclo de Navidad dejó establecido por todo el país el hábito de representar escenas pastoriles con concilios de demonios, caminatas, disputas de pastores, adoraciones, arrullos, ofrendas y despedidas al recién nacido, y de igual modo quedaron arraigadas las costumbres de rememorar las nueve jornadas o los coloquios que, principiando con la creación del mundo, llegaban mediante escenas bíblicas hasta la casa de Loreto en Nazaret, el pesebre de Belén, la adoración de los Magos, y continuaban hasta enlazar con la tragedia del Calvario y las vidas de los santos, como un trasunto de los misterios medievales, trasladados a México.

Por otra parte, la música de los trovadores y juglares, las canciones de gesta, transformadas en romances en labios de los rudos soldados castellanos o del propio Cortés y sus capitanes, empezaron a resonar en nuestras tierras, lo mismo los del ciclo carolingio que los de la historia de Roma o de España; lo mismo los moriscos que los novelescos, los pastoriles o los de tema religioso. Y así encontramos el del Incendio de Roma por Nerón, La mujer infiel, Las señas del marido, Gerineldo, Delgadina, La pastorcita o Don Gato.

Toda Castilla la Vieja con un acervo ingente de folklore infantil, y Galicia y el Levante y Extremadura y Andalucía, todas las regiones españolas contribuyeron al enriquecimiento de los cantos con que han jugado y juegan nuestros niños desde Baja California y Sonora, Jalisco, Zacatecas y San Luis Potosí, Veracruz, Puebla y Oaxaca, hasta Chiapas y Yucatán, con temas de todos conocidos: "Doña Blanca", "San Serafín del Monte", "La viudita de Santa Isabel", "La pájara pinta", "La víbora de la mar", y tantos otros que han llenado de sonrisas nuestra infancia. De igual origen, las canciones de arrullo y las coplas de nana; las primeras desprendidas de los villancicos de Navidad, las segundas, de los labios de las abuelas y nodrizas: "El pom, pom tata", "Las tortillitas", "La mano de la negra", "La pata del conejo", "El arre, caballito", "Los maderos de San Juan", y la interminable serie de adivinanzas, cuentos de nunca acabar, burlas y pegas y coplas de escolares, matizado todo ello por la rica imaginación de los párvulos hasta enlazar con las coplas verdaderas en que el amor inicia su ciclo.

El canto popular mexicano en su sección de coplas y cantares es rico, es espléndido, y sirvió a nuestros abuelos para dar serenatas al pie de las rejas de sus amadas o a nuestros campesinos para llevar mañanitas y saludos de onomástico a los dueños de las haciendas y los ranchos; estrofas arrancadas al cancionero andaluz o castellano, entonadas bajo el ciclo de nuestra patria a la hora en que palidecen las estrellas, o bien en las noches primaverales. Y toda esta producción,

en la que ha intervenido el sentimiento de nuestros rancheros, traspasa las fronteras de la vida colonial y transita a lo largo del siglo XIX.

Es de igual esencia e iguales méritos el grupo de cantos por medio de los cuales han sido pregonadas las mercancías en las plazas, anunciando los artículos por las calles o, como relata García Cubas, describiendo el Paseo de las Cadenas de Catedral, las noches de plenilunio, cuando tanto el pastelero como el turronero obsequiaban a los compradores con coplas y versos seguidos del indispensable pregón. Lo mismo los vendedores de ante colimote, de las trompadas y coronitas de azúcar o de los clásicos azucarillos españoles, con sus "versitos de a medio y canciones de a real", nos dan su nota pintoresca.

La vida colonial concluye a finales del siglo XVIII con la apurción, y desarrollo y florecimiento de la tonadilla escénica, teatro lírico-coreográfico español ecendrado y puro, en el que señorean las seguidillas y boleras, los carambas y cuandos, el repiqueo de las castañuelas, el rasgueo de las vihuelas, los ay, ay, ays y olés de los cantadores, los desplantes y bien parados de los bailadores; los entables, coplas y tiranas, los unipersonales, escenas, cuatros y fin de fiestas. Todo ello haciendo la delicia de los virreyes, oidores, escribanos de corte, damas y currutacos, alguaciles y mosqueteros, comerciantes, hacendados y mozos a su servicio venidos desde tierra adentro para disfrutar unas cuantas horas en el vetusto Coliseo de México, y después llevar los sonsonetes y estribillos hasta la lejana ranchería donde sufrirán las consecuentes modificaciones producidas por el olvido y el ambiente.

Con esto concluye la vida colonial, las inquietudes de criollos y mestizos culminarán con el derrumbamiento del régimen mediante el sacrificio de miles de vidas de insurgentes, y una nueva nacionalidad comenzará a vivir en nuevo amanecer.

La vida de provincia se irá imponiendo poco a poco, los sonecitos regionales harán su aparición en los escenarios del Coliseo, trayendo el aroma fresco de los campos y la sensibilidad de los habitantes de Jalisco, Michoacán, Veracruz, Puebla y Tlaxcala, y estos serán los primeros vagidos del arte lírico de México, mezclados con las canciones patrióticas de los insurgentes, los himnos guerreros, las canciones al Generalísimo Morelos.

Ya en nuestra vida independiente, como verdadero síntoma de floración primaveral, harán su aparición en los fandangos auténticos sonos de tierra caliente, venidos de la costa, con el sabor acre y picante de los frutos de las tierras bajas, a base de imitación de la vida de los animales, con nombres de éstos: "El toro", "La iguana", "El lagartijo", "El tordo", "El guaco", etc., etc. Del mismo modo los jarabes que circulaban a despecho de la Inquisición en las rancherías y poblados de todo el centro del país, ocuparán el lugar predilecto, en las

fiestas de cumpleaños, bautizos y bodas, dando oportunidad a los músicos, cantadores y bailadores de ganarse la vida en los palenques de gallos y en todas aquellas ocasiones en que el espíritu del mexicano, de cohibido y reservado, se transformaba y extravertía con todas sus cualidades y defectos. Los jarabes constituyeron durante la segunda mitad del siglo pasado el arquetipo de la música mexicana: "El corriente", "El palomo", "El tapatio", "El tlaxcalteco", "El tulipán", etc. Muchos de ellos recorrieron todo el país y aun salieron al exterior.

Mezcladas con el jarabe irrumpieron las formas menores con el nombre de Aires nacionales: "Los celos", "El cojo", "El frío", "Los monos", "El loco", "La chinaca" o "El sombrero ancho".

Pero a través de las décadas y a medida que la conciencia nacional se afianzaba, las raíces hispánicas ponen de relieve su vitalidad. No en balde la sangre de los peninsulares se mezcló con la de los nativos; no en balde España envió a México lo mejor de su curia, de sus universidades y de sus talentos. Integras habían pasado sus manifestaciones musicales y con toda su potencia vinieron a fecundar nuestros surcos. A pesar de los ingredientes raciales y culturales que aportara nuestro país, a pesar de las modificaciones que el tiempo y el ambiente impusiera a los géneros musicales importados de España, los caracteres típicos peninsulares perseveran. Y así encontramos en nuestro acervo: fandangos y fandanguillos, malagueñas y peteneras, jotas y cachuchas, muñeiras y tangos, pasacalles y ay, ay, ays, y toda una serie de géneros lírico-bailables de rancio sabor español, lo mismo en las vaquerías de Yucatán, en las chiapanecas, en las zandungas del Istmo, que en la música criolla de Guerrero, Jalisco o Michoacán, y sobre todo en los bailes de tarima de la costa de Veracruz llamados hua-pangos.

Un género lírico-declamatorio, de origen hispánico transformado por el genio de la raza en México, es la valona, cuya curva ascendente se inicia en las primeras décadas del siglo, culmina durante los gobiernos del general Santa Anna, y decae y desaparece al derrumbarse el imperio de Maximiliano. Décimas cantadas, glosas, letrillas, cuándos; sátiras políticas o sociales, noticias de acontecimientos o desastres ocupan las décadas centrales del siglo XIX.

Hasta aquí el genio español había proporcionado a nuestra música su principal soporte; pero un fenómeno musical europeo tenía que venir a reflejarse en nuestro ambiente: la ópera italiana había conquistado a Europa. El arte lírico italiano había invadido la corte española de los reyes filarmónicos: Felipe V y Fernando VI; había hecho su aparición en México con gran timidez hacia principios del siglo XIX; pero unida al movimiento literario romántico español, comenzó a ganar terreno entre nosotros por medio de las numerosas represen-

taciones de dos compañías famosas que nos visitaron y que tuvieron como primeras figuras a la Albini y a la Césari, y un poco antes, dejó notable huella el famoso Manuel García. El bell canto se apoderó del gusto de la sociedad y de los músicos de nuestras ciudades, capitales de provincia; pero floreció como un género nuevo en el Bajío, bajo la forma de canción romántica y sentimental, apasionada y honda, y bajo este aspecto se infiltró en el alma de nuestros mestizos y a lo largo del siglo XIX saturó con sus melismas hasta el último rincón de nuestro suelo.

Al respuntear de una vihuela o de un arpa, a una o dos voces, este producto auténtico de nuestra cultura ofrece una imponente nómina de muchos cientos de canciones, algunas con verdadero mérito y valor artístico, que proporcionan al estudioso un tesoro y al público una variedad extraordinaria de aspectos: la cancioncilla pequeña y breve, la de aliento entrecortado, la humorística, la religiosa, la ranchera, además de todas aquellas que reflejan la integridad de nuestra vida social y política, moral e histórica, y cuyos títulos sugieren toda una época en la que vivieron sumergidos nuestros abuelos: "A la orilla de un palmar", "Soñó mi mente loca", "Déjame oh, déjame", "Hay un ser...", "El lirio", "Da paloma azul", "Prisciliano Valadez", "La china Hilaria", etc., etc.

Al cambiar el aspecto político de nuestro país con la caída del Imperio, cambia también el aspecto de nuestra lírica popular, pues es el momento en que la canción, asimilada plenamente por el pueblo, permite dentro de sí la intromisión de las formas bailables europeas: vals, polka, mazurka, redowa, schottis, marcha, y, sobre todo, la danza habanera, especialmente por medio de "La paloma" de don Sebastián Iradier cantada para satirizar a los invasores: "Si a tu ventana llega un burro flaco..." Nuestros músicos se dan entonces a la tarea de componer danzas cantadas y bailadas, algunas formando parte de las cuadrillas taragotas bajo el nombre de calabaceadas, que aun llegan a ocupar las plumas de los ingenios de la época. Es la danza habanera, la danza criolla, con reminiscencias antillanas y con ritmo de hamaco, la que forma un considerable acervo, llenando las últimas décadas del siglo; al principio del actual se hace erudita y culterana y decae por amaneramiento. "De tus encantos, celestial...", "Luchas de amor", "Tristísimo es llorar...", son ejemplos típicos.

El canto popular, la canción mexicana, el acervo auténtico de la gleba tratando de sobresalir y de imponerse por su propia vitalidad, no logró durante los últimos años del gobierno del general Díaz cristalizar como la manifestación genuina de nuestra nacionalidad. Fué preciso que estallara la Revolución, que se sacudiera hasta lo más hondo el alma del mexicano, que se entremezclasen los individuos de todas las re-

giones y Estados de la República e hicieran intercambio de sus canciones en las horas del vivac, o como dicen los escritores: "cuando hicimos cantando la revolución", para que surgiese como síntesis cultural y pudiésemos apreciar cuanto ha producido el pueblo de México desde que empezó a tener conciencia de tal, y aún más, para que naciese un nuevo género de canción: la revolucionaria, la nacida al fragor de los combates, en las noches insomnes del sitio y la metralla, en los días angustiosos e inciertos del triunfo y la derrota, aquellas canciones que halagaron a los caudillos y les hicieron olvidar la dura existencia y la proximidad de la muerte. No es necesario recordar, todos las tenemos a flor de labio: "La Adelita", "La Juaquinita", "La cucaracha", "La Valentina", "Las tres pelonas", "La Jesusita" y tantas otras.

Las hazañas, las valentías, la audacia y despego de la vida de todos los que fueron a regar con su sangre los campos de batalla, hicieron que los trovadores trashumantes, los cancioneros, los músicos de las ferias que con el afán de aventura, la necesidad de vivir o una curiosidad innata se sumaron a las fuerzas combatientes, relatando los acontecimientos que presenciaron y los hechos al parecer insignificantes, pero que resultaban heroísmos después de realizados, compusieran de inmediato, como testigos presenciales, como historiadores de los hechos, los corridos revolucionarios que, pasado el tiempo y serenadas las pasiones de partido, reunidos en legajos, constituyen la crónica de los caudillos, de los conductores de hombres, de los que por herencia ancestral han jugado con su vida. Tales corridos son de hecho la gesta revolucionaria de las principales figuras de esos días: Francisco Villa, Alvaro Obregón, Argumedo, Cavazos y Emiliano Zapata.

Los historiadores de nuestro arte musical pueden ahora estimar en todos sus detalles el frondoso árbol de nuestra lírica que tan espléndidos frutos ha dado y que se afianza cada vez más hondo en las entrañas de nuestra nacionalidad. El canto popular, la canción mexicana, símbolo de nuestra existencia como país, encierra en sí todo el pasado, el presente y el futuro de México, todos los sacrificios de nuestros aborígenes, el heroísmo de los conquistadores, la paciencia de los misioneros y las lágrimas y sonrisas de nuestros progenitores; es nuestra mejor y más acendrada expresión, es nuestro tesoro cultural, es la palpitación auténtica de nuestro México.

La música mexicana.

La música folklórica de mi país es llamada por antonomasia música mexicana. Es ella la forma genuina de expresión de nuestro pueblo; remonta su origen a las causas que han determinado nuestra naciona-